# REVISTA DE CATALUÑA.

SEGUNDA ÉPOCA.

**Barcelona 23 de Noviembre de 1862.** **Suplemento 3.º al núm. 2.**

## TODO ES EMPEZAR.

Un sencillo, pero interesante y espresivo artículo acaba de publicar, en un periódico de Madrid, el distinguido escritor proteccionista D. Genaro Morquecho y Palma, que si bien va dirigido á los libre-cambistas, raza desconocida, ó por lo menos muy rara en Cataluña, no dudamos que será del agrado de nuestros habituales lectores, y por esto lo reproducimos.

Trátase en dicho artículo de poner de manifiesto la conversion de un hombre juicioso, de un economista notable, proclamada sin embozo en el *Journal des Economistes,* el órgano mas autorizado del libre-cambio europeo, y efectuada por la lectura de los *Principios de la ciencia social* del eminente publicista americano Carey. Menester ha sido que, invirtiéndose el órden natural, venga la luz de Occidente á Oriente, para que penetre, como por milagro, en el entendimiento de los iluminados de la ciencia; y decimos esto, porque en el fondo de la doctrina de M. Carey no hay nada nuevo, nada que no hayan esplicado con menos fortuna otros publicistas extrangeros y españoles, y entre ellos con harta lucidez y copia de razones el mismo Sr. Morquecho, y algun otro amigo nuestro, sin haber conseguido llamar la atencion de sus fogosos adversarios.

Gracias sean dadas á M. Carey, autor del milagro: merced á su talento, tenemos ya un converso, que vale por muchos, por cuanto es otro hombre de verdadero talento. ¿Cuántos imitadores tendrá este ejemplo de leal franqueza y de amor á la verdad? Lo ignoramos; pero siendo la cosa difícil, nos contentamos con decir por ahora: *in arduis sat est cœpisse:* ó hablando mas claro: «Todo es empezar.»

Hé aquí el artículo que ha motivado estas desaliñadas líneas, y que recomendamos á nuestros lectores:

### LA REACCION EN FAVOR DE LA PROTECCION DEBIA VENIR INFALIBLEMENTE.

—

Sencillo es el asunto de que vamos á ocuparnos, y sin embargo, á nuestros ojos presenta muy notable importancia, puesto que, lo diremos desde luego, se trata de una confesion sincera y humilde de la falibilidad é impotencia de la escuela libre-cambista, al mismo tiempo que de un reconocimiento tan franco como autorizado de la verdad, de la justicia y de la conveniencia del sistema proteccionista, discreta y prudentemente aplicado.

Para entrar en materia, bueno será recordar que la legislacion arancelaria figura en primer término entre los muchos puntos *controvertidos* de la economía política; y puede afirmarse con entera seguridad, no obstante de lo que en contrario se quiera sostener, que la idea nueva no ha tenido fuerza suficiente para vencer mortalmente á la idea antigua.

Las sólidas razones históricas y científicas que en favor del principio proteccionista militan, y los inmensos intereses creados bajo su dominio, razones é intereses tan livianamente menospreciados por algunos economistas, han pesado lo bastante en la generalidad de los hombres de gobierno para no dejarse arrastrar de una simple y disputada teoría.

Y á la verdad, ¿cómo admitir sin la mas exquisita reserva la idea nueva y sus trascendentales consecuencias, bajo la única autoridad de una ciencia que, despues de todos sus triunfos y ponderadas glorias, no ha sabido encontrar su propia *definicion*, que señalando la *riqueza* como objeto de sus investigaciones, todavía no sabe si la *materialidad* debe ser condicion de esa riqueza, y que declarando la idea del *valor* como su nocion fundamental, tampoco ha determinado esta idea, de forma, al menos, que merezca general asentimiento? Y dado el supuesto de que no estuviese poderosamente contrariada por la razon y por la historia, por la necesidad y la experiencia de los pueblos, ¿no recomiendan imperiosamente la expresada reserva los radicales cambios que la ortodoxia economista presenta, aun en sus doctrinas mas esenciales?

Cuarenta años ha dominado sin rival la famosa *teoría de la renta*, que tan célebre ha hecho á su autor Ricardo, y ahora, sin embargo, la vemos condenada por grandes autoridades, y condenada como *deplorable* teoría. Y la ley ó el *principio de la poblacion* de Malthus, ley ó principio que en nuestro concepto resume toda la ciencia económica, admitidos han estado como un dogma, viendo tambien que este antiguo dogma se considera como una *increible* relacion entre la poblacion y las subsistencias, como una hipótesis sin verdad ni fundamento.

Si, pues, con tamañas rectificaciones va desenvolviéndose la ciencia económica, forzada á variar su ortodoxia en un corto plazo en materias esenciales, en asuntos que apenas han sufrido contradiccion, ¿cómo no tener viva esperanza de un cambio semejante en la debatidísima cuestion sobre aranceles? ¿Cómo no justificar y defender la conducta de aquellos gobiernos que no han querido ni quieren sacrificar los intereses nacionales ante el brillo fátuo y pasajero de una teoría vaga, fuertemente combatida como falsa y desastrosa?

*La reaccion en favor de la proteccion debia venir infaliblemente.* Esto dice de un modo claro y seguro M. R. de Fontenay, uno de los mas autorizados representantes de la ortodoxia economista, y lo dice precisamente en el grande órgano del libre-cambio europeo, el *Journal des Economistes* del mes último de octubre. Este escritor, mas imparcial y con vista mas clara en el asunto que no sus cofrades de allende y aquende, ha comprendido y proclamado al fin una verdad y un hecho que, en nuestro concepto, vienen preparándose hace tiempo. Su

momento inicial, en efecto, aparece con la doctrina de *las fuerzas productivas* de List, opuesta á la teoría de los valores de Smith; doctrina fecunda y acabada, puesto que, por mas que insensatamente y con propio descrédito la ridiculicen algunos libre-cambistas españoles, sirve hoy de tema principal en obras y escritos de bien reputados economistas.

La distincion establecida por el profesor Rossi entre la economía política *pura y aplicada*, fué otro paso importante que completa y consolida Courcelle-Seneuil, al dividir los estudios económicos en *plutología* (ciencia de la riqueza) y *ergonomía* (ordenamiento del trabajo). Y por último, los *Principios de la ciencia social*, título de una obra excelente dada á luz por M. H. C. Carey, uno de los primeros publicistas americanos, han venido á poner de manifiesto la reaccion favorable de la doctrina que con ferviente y puro entusiasmo sostenemos.

M. H. C. Carey defiende de un modo profundo y victorioso el sistema protector, apoyándose en dos consideraciones fundamentales.

La primera se reduce á que el desenvolvimiento y progreso de la personalidad humana dependen de la diversidad de empleos y estudios, de la multiplicidad de combinaciones, cambios y relaciones, que proporcionan un fin activo á todas las aptitudes, un ejercicio fecundo á todas las facultades intelectuales, y un desarrollo regular y armónico á todas las partes del organismo social, cuya diversidad de empleos y estudios no pueden constituirse en un país sin las industrias de trasformacion.

La segunda consideracion se refiere al órden agronómico. Un país que carece de industrias de trasformacion, que exporta materias primeras, productos agrícolas, en cambio de objetos manufacturados, no tiene en rigor una verdadera agricultura, y solo ejerce un trabajo *extractivo*, explotacion grosera, que devora la fertilidad de la tierra, enagenando al extrangero sin compensacion sus principios vitales. «El comercio de exportacion limitado á los productos rurales, es el *absenteismo* en una grande escala, con todas sus desastrosas consecuencias. La agricultura necesita absolutamente consumidores inmediatos, esto es, industrias indígenas de trasformacion.»

Al juzgar M. R. de Fontenay los *Principios de la ciencia social*, confiesa paladinamente que nada puede oponerse á la justicia de las anteriores consideraciones; es decir, confiesa el triunfo del proteccionismo; y por si quedara alguna duda, mas adelante escribe el párrafo que vamos á traducir literalmente, y que recomendamos con igual interés á nuestros amigos, para que saquen de él todo el partido posible, y á nuestros adversarios para que moderen su vanidad y predispongan la retracacion de sus errores. Dice, pues, así:

«Se olvida con demasiada candidez que *todos los maestros*, desde Adam Smith, Say y Rossi hasta los Mill y Chevalier, han reconocido que, en ciertos casos, el mejor medio para aclimatar una industria útil es una proteccion moderada (cuenta con que habla un libre-cambista). Se olvida, sobre todo, que en la realidad la proteccion ha sido en todas partes la maestra industrial de los paises mas adelantados en el dia, y que nosotros (los franceses) hemos palpado los buenos resultados de esta proteccion, y de ello es un ejemplo la fabricacion del azúcar de remolacha. *Las teorías absolutas que no abarcan los nombres de esta autoridad y los hechos de esta importancia*, SON NECESARIAMENTE INCOMPLETAS. Cuando llegue á conocerse mejor la fórmula científica del movimiento de los valores, se notará que no hay en la contienda mas que una cuestion práctica de medida y de lugar, y que un régimen que es malo para la Francia, puede ser bueno para América. *La reaccion en favor de la proteccion debia venir infaliblemente*; y el considerable mérito del economista que la inicia no puede menos de provocar el exámen y las reflexiones de los hombres ilustrados, exentos de *compromisos anteriores* y que no siguen á un partido exclusivo. Bajo este punto de vista, el libro de M. Carey es un acontecimiento que podrá señalar una fecha y una faz nueva de la ciencia.»

Estas frases no necesitan comentarios, y nosotros no los haremos. El valor de sus conceptos se realza por el que ha logrado su autor entre los libre-cambistas, y por el del periódico en que se publican. En ellas se glorifica al sistema proteccionista, hasta el punto de asegurarse que todos los maestros han reconocido su eficacia, en ciertos casos al menos; y esta declaracion, lo mismo que la siguiente, forman una solemne protesta contra los mas graves despropósitos que nuestros libre-cambistas han sostenido en el Ateneo.

¿Pero qué diremos del juicio que se hace de las teorías absolutas libre-cambistas? Nada, nada mas que repetir con nuestro ilustre adversario M. de Fontenay, que son *necesariamente incompletas*.

Nosotros hemos defendido y defenderemos la verdad, la justicia y la conveniencia del sistema protector, no como doctrina aplicable á todos los paises, sino como un régimen necesario para el nuestro en sus presentes reales circunstancias. Hoy se fortalecen nuestras opiniones, tanto por las razones que vienen á comunicarles nuevo vigor, cuanto por la especie de consagracion que reciben de parte de uno de los mas distinguidos campeones del individualismo económico y del principio de la libertad mercantil. La cuestion es concreta, como muchas veces hemos repetido; no es inglesa, ni francesa, ni alemana, sino española, puramente española.

Acudan á este terreno nuestros adversarios, á quienes suponemos exentos de *compromisos anteriores*.... y acudan si pueden con mejores argumentos que los que han aducido hasta ahora. En él se presentarán nuestros amigos, y en él ofrecemos desde luego ampliar las pruebas, para que la reaccion favorable al sistema proteccionista nos traiga como premio la corona del triunfo.

GENARO MORQUECHO Y PALMA.

---

## CONVENIENCIA DEL ASFALTO

**y causas que lo descreditan en Barcelona.**

En el *Diario de Zaragoza*, n.° 1452, correspondiente al 13 del corriente, hemos visto un artículo sobre mejoras urbanas por lo perteneciente á la via pública, que nos ha causado una verdadera satisfaccion, pues vemos en él que la municipalidad de aquella ciudad, celosa por el embellecimiento de la misma, como por la comodidad de sus administrados, adopta, desoyendo consejos quizá intencionados, mejoras de verdadera utilidad

pública: mejoras evidentemente positivas. Con efecto, en el citado artículo se encomia, como es debido, el brillante y positivo resultado obtenido del empleo del asfalto en las calles de la ciudad siempre Heróica. Esta satisfaccion quisiéramos experimentarla hablando de las calles de nuestra Condal ciudad, donde desgraciadamente no es así. Tenemos entendido que nuestro Ayuntamiento, habiendo visto el resultado que en el pavimento de nuestra vía pública ha dado el uso de dicha materia asfáltica en el transcurso de los pocos años que hace que se emplea, ha pensado mandar levantar el piso de las aceras reemplazando el piso asfáltico por la piedra.

Examinemos ahora la conveniencia ó inconveniencia de esta medida. ¿Sabe el Ayuntamiento el precio fabuloso que adquirirá un metro cúbico de piedra cuando con las necesidades de la edificacion creciente siempre, cuando las obras sin acabar del puerto, cuando el entretenimiento de las mismas calles y el inmenso desarrollo que ha adquirido el no ya proyectado ensanche agoten la fecunda cantera que á tantas exigencias responde hoy? Podemos asegurar á nuestros lectores que haciendo el cálculo mas exageradamente barato, que nos suministran datos que nadie podrá tachar de aventurados, cada metro cuadrado de via sentada costará al Ayuntamiento mas de 120 rs. Suponiendo todas las condiciones de excelencia que puedan exigirse á un pensamiento cualquiera, debemos suponer que á los seis años tendrá necesidad la municipalidad, si no de renovar, de mandar picar de nuevo el piso, originándole un gasto que representará por lo menos la dozaba parte del capital empleado. Comparen ahora nuestros Ediles el gasto que ocasiona á la municipalidad de Zaragoza el entretenimiento de las calles en cuyo piso ha hecho uso del asfalto. Alguna de ellas, como la llamada Arco de Cineja, se asfaltó hace mas de ocho años, y sufriendo todos los rigores del tránsito, no solo de viandantes, sino de caballerías, cuyo paso por esta calle es extraordinariamente frecuente, no ha necesitado de reparo ni composicion, ofreciendo en el hermoso y unido plano de su suelo la esperanza de una larga vida con las condiciones de belleza y solidez que ahora presenta. Pues bien, diez y seis reales poco mas ó menos ha costado el metro cuadrado del pavimento de dicha calle, como el de la mayor parte de las aceras de la ciudad de Augusto. Al hacer esta comparacion, los comentarios son ociosos. Pero no estará de mas que hagamos algunas reflexiones. ¿Consistirá acaso la diferencia de duracion entre el piso de aquella ciudad y el de la nuestra en el poco tránsito, en la elaboracion de la materia empleada ó en la naturaleza de esta? Contestaremos á lo primero diciendo que Zaragoza, país esencialmente agrícola, entretiene un número considerable de bestias de carga y carruajes que frecuentemente cruzan sus calles, que adoptado por su baratura este pavimento por los propietarios que lo usan para pavimentar las entradas de sus casas, hemos visto fondas y otros edificios públicos, en los que sus dueños han visto coronadas sus esperanzas del éxito mas satisfactorio, resistiendo el piso de los zaguanes el paso contínuo por espacio de seis años de toda clase de carruajes sin haber perdido la mas pequeña línea de los delicados dibujos con que hermosean la entrada de su casa.

A lo segundo contestaremos que el procedimiento de la elaboracion del asfalto es tan sencillo en Zaragoza como en otro punto cualquiera donde se emplee, y que consiste en fundir el betun ó pasta asfáltica con cualquiera tierra calcárea, adoptando como lo mejor la cal pura, de lo que resulta la pasta llamada *mastik*, y mezclada esta con la grancilla, constituye esta última mezcla el pavimento asfáltico.

Réstanos por último contestar al tercer punto; ciertamente que el asfalto empleado en las calles de Zaragoza, Cádiz, Ceuta y otras ciudades de España es de mejor naturaleza, de mejor calidad y de mejor índole que el que se emplea en las calles de nuestra ciudad, como en las de la corte y villa de Madrid, y no es que las primeras materias sean diferentes, no; es que el asfalto usado en las primeras ciudades es betun, es asfalto verdadero procedente de la rica y abundantísima mina de Fuente Tova, en la provincia de Soria, y el empleado en nuestras calles, como en las de Madrid, es una mezcla impura, una imitacion traidora; es tan solo el alquitran solidificado, resíduo impuro de carbon de piedra, que ha servido ya para otros usos, y que con el asfalto no tiene de comun mas que el aspecto, desacreditando de este modo una materia que, empleada en sus condiciones naturales, está destinada por su baratura, belleza y solidez á servir económicamente las necesidades del desarrollo de nuestras poblaciones modernas (1).

Encarecemos, pues, á nuestro Ayuntamiento que antes de llevar á cabo la proyectada medida, que mas arriba indicamos piensa efectuarse, haga un ensayo, que aseguramos no le será costoso, seguro de que cuanto le dejamos indicado en nuestras reflexiones anteriores podemos certificarlo por haberlo visto con nuestros propios ojos, y estamos convencidos que una vez hecho este ensayo se desechará por completo el proyectado reemplazo del pavimento de nuestras aceras. Repetimos pues que felicitamos al Ayuntamiento de Zaragoza por su celo y buen criterio, asi como por la proteccion que ha dispensado á una industria esencialmente nacional, y rogamos al nuestro que siga tan noble ejemplo, seguros del agradecimienio de todos sus administrados.

---

## VARIEDADES.

---

# LOS CARRUAJES.

Si remontando el rio de la historia tratásemos de hacer la biografía del carruaje, la enumeracion de sus diversas formas, de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, sacaríamos en limpio esta consecuencia; que siempre se ha mirado como un honor el andar en piés agenos; sea que con esto se haya querido indicar que el hombre grande no debe hollar el polvo que huella el miserable; ya que debe andar mas elevado; ya que el hombre tiende á encumbrarse á la altura del ángel y solo puede elevarse á la del cochero.

Y en efecto, aunque Dios no crease al hombre subido en un carruaje, ni montado en un caballo, es indudable que en sus

(1) Cuantos hayan visitado las primeras capitales de Francia, como Marsella, Lyon y París, donde el tránsito es mayor que en cualquiera otra de España, habrán podido admirar la belleza y solidez de sus aceras asfaltadas, en nada semejantes á las de Barcelona. Ni el aspecto es el mismo; lo que prueba que aquí no se emplea el verdadero asfalto.

altos fines le destinaba á tales honores, puesto que puso á su disposicion el noble corcel, el paciente camello, el manso buey y otros brutos domésticos. Andar á pié, por mas que los piés sean para andar, es propio de bajos séres.

Los ángeles nos los representan con alas; la mitología nos muestra á Apolo en un carro deslumbrante; todos esos séres que crea la imaginacion de los poetas, los génios, las hadas, las silfides, las ondinas, los silfos y toda esa caterva misteriosa de sueños, sombras, apariciones y fantasmas, cruzan por el aire, vagan por las nubes, se deslizan por las aguas, se mecen entre vapores, cabalgan en un rayo de luna, se desprenden de las estrellas, resbalan por la yerba de las praderas, no andan.—Por lo visto mover los piés, cosa que hacemos á cada paso, es cosa vil é indigna. Cuanto mas bajo y abyecto es un sér, mas se arrastra por el suelo. Por eso el héroe que se siente grande, y el opulento que contempla sus tesoros, trepan sobre una carroza, y sin mover los piés ni pisar la tierra andan deslumbrantes de majestad.

Hoy las ciudades han perdido el majestuoso silencio de los antiguos tiempos. Ya no se escucha en ellas la voz del orador suspendiendo al pueblo de sus elocuentes labios, ni el rumor de las públicas conversaciones, ni el clamoreo de las aclamaciones; hoy se oye un rumor sordo, constante y monótono, un estruendo interminable que apaga las voces y los discursos. Es la voz de la civilizacion, el ruido de los carruajes que hormiguean por todas partes, que cruzan, suben y bajan incesantemente.

Coches por aquí, coches por allá. ¿Será que los humanos se han convertido en coches, ó viven en coches en vez de casas, y tienen ruedas en lugar de piés? No, sino que así como un niño necesita un juguete con que divertirse, la sociedad, que solo es un gran niño antojadizo, necesita tambien un juguete con que entretener sus ócios ó satisfacer sus caprichos, y hoy el carruaje es la muñeca con que el gran niño se divierte.

Todas las pasiones, todas las cosas tienen una parte impalpable, que es la pasion misma, y otra palpable, que es su manifestacion. La presuncion se convierte en un adorno, la pereza en una butaca, la gula en un manjar, el crímen en un puñal, la vanidad hoy toma la forma de un carruaje, primera é indispensable necesidad, sueño dorado del hombre moderno.

¡Un carruaje! ¡Un par de caballos! ¿Qué no se hace hoy por poseer tales tesoros?

El abogado que trabaja noche y dia sin descanso, formula sus esperanzas en un carruaje; el médico que lucha con las enfermedades y ahuyenta la muerte, con el conjuro de sus recetas, vé premiados sus esfuerzos con un carruaje. El hombre de negocios aspira en sus cálculos á descifrar este enigma, á resolver este problema: ¿de qué modo de la nada, ó de un papel, ó de las piedras, puede sacar la incógnita de un carruaje? El término de las ambiciones del dia es un carruaje. Un hombre no se considera legítimo hombre mientras no ha llegado á echar coche. Aunque tenga honores, posicion ó condecoraciones; aunque viva cómodamente, en buena casa, con buenos muebles, buena mesa y confortables chimeneas, se considera un pobre diablo si no tiene coche. Fulano tiene coche, es la fórmula con que se espresa el bienestar de una persona; pues tenerle representa el fin de su carrera á pié y el principio de la carrera en coche, que á galope, por la posta, conduce á las mas sublimes y encumbradas posiciones.

Sobre el ideal de la humanidad, Krause escribió un escelente libro. Hoy puede escribirse en un renglon lo que el filósofo escribió en un tomo: el ideal de la humanidad hoy es nacer, vivir y morir en un coche. Dichoso el que se encumbra á un carruaje, pues encontró la piedra filosofal moderna.

Hoy la imaginacion se forja un coche, el pensamiento se fija en un coche, las ilusiones son por un coche y las esperanzas de un coche, que es la imágen vaporosa que por todas partes sigue á la mente, como la sombra sigue al cuerpo, el anhelo constante que hace latir con doble fuerza el corazon.

La jóven que llega á los quince, siente nacer en su pecho un misterioso deseo: es la necesidad de amar, es el hambre del corazon, que tambien el corazon tiene hambre. Pero ¡ay! si el sér ideal que vaga por su mente, que aparece en sus ensueños se le presenta pobre, á pié, sin ostentacion, caen al suelo sus ilusiones, se apean del coche de la fantasía. Si apareciese entre el esplendor de la opulencia, encima de un carruaje, sublime como un dios, arrastrado por soberbios corceles como un héroe, derramando oro como Júpiter sobre Danae, esparciendo aromas como Flora de su seno, ¡cuánto mas ideal seria! Si aquel hombre le diese su mano adornada de brillantes, si hiciese protestas de amor envueltas en encages y vestidos, si diese suspiros engarzados en aderezos, si la condujese al tálamo nupcial por un camino de alfombras y allí los cobijasen colgaduras de terciopelo, y, sobre todo, si la llevase á paseo en una magnífica carretela, ¿no seria aquel hombre mas sublime, mas tierno, mas galante, mas buen mozo y mas enamorado? ¿Quién se atreverá á tachar de prosáico á un siglo que de tal manera siente y piensa? ¿No es mas espiritualista, mas platónica una generacion que quiere despojar á la naturaleza humana de su fealdad y miseria, rodeándola de poesía y adornándola con los tesoros que produce la tierra y las maravillas que engendra el arte? Una sociedad que aspira á andar en coche, cuando menos es mas elevada que la que se contenta con poner la planta en el polvo donde el bruto imprime su huella, en el lodo donde el reptil se arrastra.

Conforme algunos saben, ó dicen y hacen creer que saben sanscrito ó chino, supon, amigo lector, que yo, á fuerza de estudiar, soy mas sabio filólogo y entiendo el idioma de los carruajes. Voy á traducirte literalmente el ruido constante de que antes te he hablado.

Por aquí asoma una elegante carretela conduciendo á un matrimonio con sus hijos. El run, run de sus ruedas, traducido al castellano, va diciendo: «Este que conduzco ganó, no sé como, su dinero, me compró para lucirme una temporada. No piensa en asegurar una modesta fortuna á sus hijos. Rodar unos dias, halagar su vanidad, tal es su deseo, aunque mañana llore en la miseria. Es un loco: yo soy su juguete.»

Por allá viene una airosa americana ocupada por una dama elegante y solitaria. «Esta, van gritando las elocuentes ruedas, es una víctima de la ambicion. Amaba á un hombre honrado que la adoraba: llegó un millonario; el aspecto de su opulencia la deslumbró, el ruido de sus carruajes la trastornó; entregó su mano, no diré á un hombre, á esos caballos que me conducen. ¿La veis? Pues hastiada de los placeres del lujo, desdeña-

da de su marido, llora su antiguo amor, arrastra en carruajes su oculto dolor, tapa con sedas y encages sus remordimientos. Es una desgraciada: yo soy su atormentador.» ¡Ay, si todos entendieran el idioma de los coches!

Mirad aquel faeton conducido por un jóven. Es un demente que rodando carruajes hace rodar su dinero, sin pensar que la rueda de su fortuna se gastará y su hacienda rodará por el suelo con risa de las gentes. No le basta un coche por comodidad; ¿quién piensa en la comodidad? necesita uno cada cuatro dias de distintas formas y condiciones. Apura todas las combinaciones de coches; grandes con caballos pequeños y vice-versa, lacayos altos y bajos. En fin, el carruaje es el objeto de su culto y veneracion.

¿Veis aquella jóven? ¡Qué carruaje! ¡qué caballos! Parece una diosa y es... una mujer que vendió su primogenitura, su honor, no por un plato de lentejas, por cosa de mas valor, por un plato de carruajes.

Un jóven buen mozo, apasionado, haciendo protestas arrodillado á los piés de una hermosa, puede mucho sobre esta, halaga su fantasía, conmueve su corazon; pero el elocuente silencio de una carretela parada á su puerta, es la mejor y mas convincente declaracion. ¡Cuántos enamorados tienen por rival un par de caballos! ¡Cuántos caballos se reirian si supiesen cuántos amantes prueban las insípidas calabazas por su causa!

Yo de mí sé decir, que enamorado no temblaria al ver cien rivales rodear al objeto amado; no temeria que armados de punta en blanco me desafiasen, porque el amor acrecienta las fuerzas y el valor en la lucha. Pero si viese un carruaje á la puerta de su casa, ni la hidra de Lerna, ni el leon de Nemea, ni las horribles visiones del infierno de Dante, tornadas realidades, erizarian mis cabellos ni me harian estremecer con mas espanto. Porque al fin, si un rival se os presenta, le podreis vencer con pruebas de amor á vuestra amada, y si os desafía podeis luchar, podeis esgrimir la espada, poner quites ó dar tajos; pero ¿qué quites poneis á un carruaje? Para un amante es mas temible un tiro de caballos que un tiro de rewolver ó de cañon rayado.

El carruaje es el peor enemigo de Cupido y el mas íntimo amigo de Himeneo. ¡Cuántos matrimonios hoy tienen por base cuatro ruedas, por lazos cuatro sopandas! ¡Cuántos tienen por freno el freno de sus caballos!

Contemplad aquel personaje arrellanado en su coche. Lo debe á sus intrigas, acaso á su mala fé; pero tiene coche, y ya es todo un hombre adulado, considerado y aun buscado. Un carruaje es un tapa-bocas, un cierra ojos y oidos.

En fin, lectores, los de á pié, si vais á uno de esos paseos donde hay mas coches que personas, estad seguros de que, aparte de los legítimamente tenidos porque se quiere y puede, y con los que no me meto, la mayoría se debe á la vanidad, una buena parte á la locura, varios al deshonor, otros tantos al fraude, y aun acaso alguno á la desvergüenza. El aspecto de tanto carruaje atestigua grandeza; su rumor es el lenguaje elocuente que esplica al observador la miseria que bajo todos los aspectos de aparente honradez ó repugnante y desembarazado descaro encierran esas rodátiles naves cargadas de vicios enteros, virtudes rotas y honras destrozadas; que llevan riquezas para traer pobrezas. Si se medita despacio, se verá que esos carruajes, al parecer tan cómodos é inofensivos, para uno que conducen tal vez atropellan cuatro.

Suele suceder que el mundo condena los vicios en pequeño y los autoriza en grande. Desprecia, por ejemplo, á la humilde meretriz, y ensalza á la que da su mano—y dar la mano es darse entera—á un hombre, solo porque es rico y tiene coches. De esta dice: «¡Qué gran boda ha hecho fulana!» A la otra la arroja de su seno. ¿Cuál de las dos se prostituye mas? En la cantidad de la venta está la única diferencia, por mas que muchos vistan de sedas esta verdad desnuda y la adornen de brillantes para disculpar y encubrir sus propias faltas y estravíos.

Hoy el que tiene coche quiere tener coches, y el que tiene piés aspira á tener coche. Hoy esta palabra es la mas noble, la mas útil y pronunciada, como que ella resúme en sí las modernas aspiraciones. Hoy el coche es la epidemia contagiosa. ¡Feliz el que se vé atacado de ella! No llamará médicos. ¡Feliz yo si me atacara! Pero ¡ay! los males malos vienen pronto, y los males buenos rara vez llegan.

¿Por qué, pregunto yo, para andar, para visitar, para pasear, para ir al teatro, á bailes, á todo, se necesita coche? ¿Será que los hombres del dia son mas perezosos, se cansan mas, sienten mas el frio y calor que los de antes? ¿Será que el perpétuo movimiento de esta generacionardilla y las dimensiones de las modernas poblaciones hacen indispensables los carruajes? No. En hora buena que se usen por comodidad; pero hoy se usan por capricho: lo de menos es el coche como objeto; lo demás es el coche como idea. Poned para convenceros un enorme carruaje á la antigua, tirado por pacíficas mulas, y las risas, como el sol en las nubes, harán brillar los mil colores del iris de la verguenza en las nubes de vuestras mejillas.

Examinad los carruajes modernos. Se tienen por docenas, grandes, pequeños, de verano, de invierno, de primavera, de otoño, de mañana, de paseo, de noche, de caza, de campo, y pronto los habrá de mujer, de hombre, de niño y de viejo. Hoy cada necesidad, cada diversion tiene su carruaje particular, cada edad el suyo propio. Véase si no el largo catálogo de nombres nacionales y extrangeros: clarens, breat, faeton, berlina, carretela, americana, tílburi, victoria, milord... basta, que acaso algunos, pensando que es letanía, á cada nombre respondan *para nobis*, en vez de *ora pro nobis*. Estos nombres representan otras tantas formas, colores, proporciones y resistencias. Hasta hay coches imperceptibles, coches de bolsillo, de paja, tirados por jacas microscópicas, con lacayos liliputienses, que á tales pequeñeces conducen los caprichos del hombre.

Ved los caballos en palacios por cuadras, con criados para servirlos y limpiarlos, con ayudas de cámara para adornarlos; y los adornan, en efecto, tan bien, los ponen tan airosos y elegantes, que casi eclipsan en punto á hermosura á muchos de sus dueños. Mas feliz es hoy un caballo que muchos caballeros, tomando esta palabra en su legítimo significado.

¡Pues y los cocheros! Lujosos como príncipes, ¡con qué gravedad se ostentan en sus sublimes asientos! Casi, al ver su dignidad y apostura, dan tentaciones de sentarlos en la poltrona de un ministro. Hay quien piensa mas en su cochero que en su mujer. Hoy el cochero es un alto personaje; tiene mas blasones que su amo, pues lleva armas ducales por el cuello, por la es-

palda, por los bolsillos, por los faldones, en el sombrero; en fin, es una armería completa, un viviente tratado de heráldica, un archivo de nobleza, un príncipe de la sangre. Hoy el señor guia los caballos desde el pescante—tal vez llamado pescante porque desde él se pescan corazones—y el auriga, cómodamente recostado ó abrazado con sublime y cómica gravedad al baston de su amo, es conducido por calles y paseos. Hoy el mejor caballo es el del groon. Con el tiempo el hombre fashionable tirará del coche, el cochero guiará y el caballo irá muellemente reclinado, dándose mas tono que un bajá de tres colas, aunque él solo tiene una. Acaso algun futuro escritor, derivándolo de coche, dará á este siglo el título de cochino, lo cual seria una grave injusticia é imperdonable ofensa, de la que, sin embargo, no podremos defendernos los que entonces seremos el polvo que levanten las ruedas de sus coches, si por entonces los usan.

Si descendemos á la honda filosofía de los quiero y no puedo coches de lujo, á las vastísimas consideraciones acerca de los universales Simones, asilos de tantas intrigas, de tantas personas de tan diversas condiciones; si hubiéramos de escribir un tratado sobre la inmensa significacion que encierra una simple targeta con un «se alquila,» emblema de esta sociedad tan amiga de los alquileres y ventas, antes se habia de cansar el lector de leer, que mi mano de escribir, «verdades en camisa, poco menos que desnudas,» como dice Quevedo.

Si alguien quiere saber claro el sentido de estos renglones, lo sabrá en pocas palabras: Que en la rodatil locura que nos aqueja, hemos forjado un ídolo que adoramos todos: es el coche; ídolo-Proteo, imágen de sus adoradores, ídolo con sus templos y sacerdotes, y en cuyo culto se emplean diariamente inmensas sumas; ídolo forjado por el capricho mas que por la necesidad.

La sociedad es un gran coche; las pasiones los caballos, adornados, pero sin freno, que la arrastran por el camino de la perdicion. La moda, ó mejor dicho, la locura, es el nuevo y arrogante faetonte que la guia, y así va ello.

Las pasiones, pues, guiadas por la locura, ¿dónde podrán llevarle mas que á un abismo en que ha de hacerse pedazos? Dia vendrá en que las futuras gentes, al ver las astillas, dirán: *che la diritta via era smarrita.*

*José Alcalá Galiano.*

---

# ECOS DE PROVENZA.

## LOS INOCENTES,

**trilogia por TEODORO AUBANEL.**

### I.

El perro de san José.

El sol sigue su curso, y todo el mundo sale de sus casas para tomar el fresco. ¡Cuántas risas suenan por todas partes! Ved qué hermoso es contemplar á los niños danzando en medio de la calle, cogidos de la mano. A lo lejos un perro aulla de contínuo lastimosamente. Sus gritos estremecen á las madres y paran á los niños.

—¿Por qué aulla ese perro, madre?

—Lo ignoro. No sé qué pueden significar sus aullidos.

—¡Oh! ¡qué susto!

—No os espanteis; ya podeis saltar, hijos mios, ya podeis reir: en el barrio no hay enfermos.

Y de nuevo el perro aulla lastimosamente, resuena como un trueno sin relámpago su grito, que hiela la sangre en las venas.

—No hay por qué asustarnos. En último resultado, esto no es mas que un perro que hay en este establo: le han encerrado; (¡podria volverse loco!) ¡hé aquí porqué mueve este ruido de infierno! Abrid la puerta, id á buscar la llave, y veremos si aulla aun.

Y abren la puerta... y el perro, atravesando el umbral de un salto, lanza un grito que hiela la sangre en las venas.

—¡Toma! Es Labrí, es el perro de san José, que un pastor ha recogido en la montaña. Es el mismo, ya lo veis, tiene el hocico blanco y la cabeza de color pardo. La noche pasada se lo olvidaron al partir, y hé aquí porqué el perro aulla; cualquiera creeria que alguno está agonizando, al oir sus gritos, que hielan la sangre en las venas.

—¡Labrí! ¡Labrí!—gritan los niños,—demos juntamente algunos saltos... No nos haces caso, gruñes, ¿quizá tienes hambre? Hé aquí pan.

Con sus hermosas manecitas los niños le acarician... Pero á pesar de esto el perro aulla lastimosamente, y les mira, y grita, y no quiere comer, y sus aullidos hielan la sangre en las venas.

—¡Labrí! ¡Labrí! ¿Ya no nos conoces?

Y entonces cada uno de los niños se anima y da saltos para echársele encima, tira de su cola, se cuelga de sus orejas. A pesar de esto, el perro continua aullando con mas fuerza: no aulla inútilmente: los gritos del perro son gritos de muerte, gritos que hielan la sangre en las venas.

¿Qué es lo que veo allá abajo?... Es polvo ó humo lo que se eleva en medio del camino... Es el grueso de un ejército. Oid cómo tiembla cada vez mas el suelo. ¡Mirad cuántas espadas fuera de la vaina! Hombres y caballos llegan sudando. De repente el perro de los quejumbrosos aullidos parte hácia el interior de Belen... sus aullidos helaban la sangre en las venas.

### II.

La mortandad.

Cerrad con llave, atrancad vuestras puertas, porque, ¿ignorais lo que quieren los bandidos que corren por la campiña? Esconded, apartad de su vista las cunas y los niños: ¡llevadlos lejos de aquí!... ¡Son los verdugos enviados por nuestro rey Herodes! Ni lágrimas, ni lamentos, le harán retroceder. Esconded los niños de teta, madres, porque ellos quieren degollarlos.

No os detengais por las calles al huir; corred, huid sin descanso. ¡Belen va á ser aniquilada! Apretad vuestro hijo, que duerme, contra vuestro agitado corazon; si gime, ahogad sus gritos con la mano. La horrorosa mortandad comienza... ¿No oís sus gritos?

—¿Dónde están los niños de teta? ¡Queremos degollarlos! ¡Echemos abajo las puertas! ¡Ayudadnos, camaradas! ¡Agudamos, agucemos el hacha en la puerta de esta casa!

—¡Nada hay en ella!—dice desde el umbral una mujer pálida.

Pero la horda ya está subiendo á los pisos superiores de la casa.

—En los cuartos de arriba hemos oido gritar... ¡Queremos tu niño de teta! ¡Lo queremos para degollarle!

¡Qué golpes tan frenéticos! ¡Qué combate mas encarnizado! Los verdugos no tienen aun bastante fuerza; la madre se ha apoderado del niño con ligereza; pero el verdugo, cogiendo á la madre por los cabellos, hiere al niño que está mamando. ¡Dios mio! ¡Qué bien afilada estaba su espada!... El niño cae al suelo partido en dos mitades.

—¿Dónde hay otros niños de teta? ¡Nosotros iremos á degollarlos!

¡Y, cosa increible! Herodes, durante la noche, vino á convencerse de que habian degollado á todos los pequeñuelos. ¡La silenciosa Belen causaba espanto! De vez en cuando el pié de Herodes topaba con las piernas de algun niño que yacia por el suelo. Herodes, mientras andaba, iba diciendo:

—¡No deja de gustarme el no oir respirar, ni gemir á nadie esta noche!.... ¿Dónde están los niños de teta? ¡Los han degollado todos!

¡Oh rey! ¡ahora eres amo! ¡Qué te importa que llore Belen! ¡Qué te importa ir cubierto de sangre! Dí á tus verdugos: —¡Gracias!

Anda á dormir sobre el armiño, en tu palacio. En un dia no lejano te veremos descender de tu trono, comido por los gusanos...

Herodes, ¡no todos los niños de teta han sido degollados!

### III.

Los lamentos.

Somos madres, nunca podremos consolarnos. ¡Han degollado nuestros hermosos niños de teta!—¡Ay!

—¡El niño que amaba tanto, el niño que he amamantado, que he fajado, lo han muerto en mis brazos!—¡Ay!

—El mio, aunque no destetado, era grandecito; sus dedos se agarraron á mi cuello.—¡Ay!

—El mio lanzaba gritos de espanto, y de una cuchillada el verdugo lo ha separado de mi teta.—¡Ay!

—El mio habia echado los dos primeros dientes... ¡Pobrecito! ¡Aun estoy manchada con su sangre!—¡Ay!

—Era mi hermoso primogénito. En vano quise luchar... ¡Lo han pisoteado, lo han aplastado con sus piés!—¡Ay!

—Soy viuda, y por único consuelo solo tenia un hijo en casa, que estaba enfermo: ¡ellos me lo han muerto!—¡Ay!

—Yo tenia dos: eran hermosos, eran rubios... ¿Dónde están mis pobrecitos gemelos?—¡Ay!

—¡Les han desfigurado tanto, que no les podemos conocer! Es inútil buscarlos, porque no los encontraremos.—¡Ay!

—Yo corro de una parte á otra sin saber lo que estoy haciendo, y voy buscando con afan ya hácia arriba, ya hácia abajo.—¡Ay!

—Yo no quiero volverme sin verte, hijo mio... ¿Dónde ir? ¡No puedo dar un paso!—¡Ay! Y no obstante ardo en deseos de abrazarte y de mecer tus desgarrados miembrecitos.—¡Ay!

—¿Has visto mis hijos?

—No he visto ni los tuyos ni los mios: ¡las madres no tienen hijos!—¡Ay!

—Somos madres, y nunca podremos consolarnos. ¡Han degollado nuestros hermosos niños de teta!—¡Ay!

---

## EL 9 TERMIDOR,

**por TEODORO AUBANEL.**

*Ahi dura terra, perché non t' apristi!*
DANTE. (INFERNO, C. XXXIII.)

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—La sangre ha manchado tu chupa y tus dedos... verdugo, lávate las manos.

—¡Por qué, si mañana debo comenzar otra vez! ¡Quedan aun tantas cabezas que cortar!

—

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—Eres verdugo: lo sé. ¿Eres padre? No ha conmovido tu corazon jamás la voz de un niño. Sin estremecerte y á sangre fria matas á los pequeñuelos juntamente con las madres.

—

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—La plaza está alfombrada de cadáveres. Los que viven aun, te piden gracia de rodillas. ¿Eres, ó no, un sér humano?...

—Déjame concluir la jornada.

—

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—Dime, ¿qué sabor tiene lo que bebes? ¿En tu vaso no encuentras espuma de sangre? Díme, cuando cortas el pan, ¿no crees cortar carne para alimentarte?

—

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—El sudor, el cansancio se apodera de tí... ¡descansa! ¡y tu cuchilla mellada, verdugo, pudiera dar un golpe en falso, y, desgraciado de tí, si se escapa la víctima!

—

—¿Dónde vas con tu cuchilla?

—Voy á cortar cabezas: soy verdugo.

—

—¡La víctima se ha escapado! coloca, á tu vez, tu mejilla sobre el tajo, enrojecido por la enmohecida sangre. ¡Van á crujir los tendones de tu cuello, pronto saltará tu cabeza!

—

—Afilad de nuevo la cuchilla: cortemos la cabeza del verdugo.

## LAS CUATRO RISAS DEL ANCIANO.

I.

¡Un anciano que contaba noventa años, estaba agonizando! ¡La campana tocaba din-dan, din-dan!... A su alrededor lloraba su familia. Hé aquí que el enfermo rió tres veces: el mayor de sus hijos le preguntó el motivo.

II.

He visto, dijo el anciano, he visto en mi imaginacion lo que son los placeres de este mundo. ¡Humo vano! Los placeres, hijos mios, se marchitan como las flores; aun cuando sembreis de ellos, ¿sabeis lo que producen?... ¡Amarguras! Los goces de este mundo, permitid que os lo diga, me causan lástima, me hacen reir.

III.

Luego despues, hijos mios, al pensar en los sinsabores de esta vida, y en la cruz en la cual el hombre está clavado continuamente, y en donde siempre tiene sed y grita... ¡Al pensar en que mi alma va á remontarse hácia Dios, hijos mios, permitid que os lo diga, no he podido menos de reir placenteramente!

IV.

Luego despues, hijos mios, cuando he pensado en la muerte, que separa el alma del cuerpo y pone fin á nuestro martirio; en la muerte, que, siendo un ángel salvador, se ve maldecida por el hombre, y que nos lleva al Paraiso, hijos mios... hijos mios... permitid que os lo diga... ¡la alegría ha movido mi risa!

V.

Entonces el anciano rió por última vez, y se durmió, con felicidad, en la paz de Dios.

Traducidas del provenzal, por

FRANCISCO PELAYO BRIZ.

## MANÍAS.

He aquí algunas notables manías de varios hombres célebres:

El mágico Walter Scott necesitaba á su lado un perro cuya cabeza acariciaba mientras escribia.

Un célebre publicista francés no podia escribir una sola línea el dia que no se afeitaba.

El gran Sakspeare (segun dice la fama) tenia su inspiracion en la frasquera; y no escribia una escena de sus dramas sin trincar algunas copas; su título de borracho está casi tan alto como el de poeta.

Su compatriota Byron no hacia nada de bueno si no se andaba por parques y alamedas en mangas de camisa rompiendo el bautismo á todo el que á él se le antojaba que miraba demasiado á su pierna zamba, si no coja; y escribia mucho mejor si se lanzaba en su «yach» negro como los dias de Inglaterra, á mecerse entre los horrores de un huracan. Uno de los títulos que mas le envanecian era el de nadador; y el haber pasado seis veces en distintas ocasiones el Helesponto á nado, para practicar la fábula de Leandro, le enorgullecia mas que el haberse vendido en un dia 18,000 ejemplares de su «D. Juan».

Nuestro Murillo no cogia la paleta sin haber oido misa primero, y no empezaba un cuadro sin comulgar.

Sabido es de todo el mundo lo que el pintor Urbino contestó al papa en cuyo palacio trabajaba, habiéndole el segundo reprendido porque aun allí tuviera á su lado á la célebre Fornarina:

—«Señor, sin ella mi génio se estinguiria; ella es mi inspiracion, la necesito á mi lado.»

De un literato español de no muy remota fecha, dice uno de sus amigos, que mientras meditaba se pegaba en la cabeza con un baston.

Otro conozco yo que media hora antes de coger la pluma necesita, irremisiblemente, dejar su habitacion á oscuras y tenderse sobre la cama, donde está apretándose los ojos con los puños cerrados.

Otro escribe silbando, y si no silba no inventa.

Otro procura retener las ideas que se le van tirándose del pelo.

Y á este tenor podria citar millones de manías en otros tantos hombres de reputacion, hasta llegar al célebre Tamberlik, quien para dar su famoso *do* de pecho, esa nota que tan alto ha cotizado su nombre, tiene que apretarse la barriga con las manos.

## PENSAMIENTOS

### ENTRESACADOS DE LAS OBRAS DE GOETHE.

*Igualdad.*—El envidioso mas detestable es aquel que hace á todo el mundo igual suyo.

*Dia y diario.*—A. Dime, ¿por qué no te gusta ningun diario?
B. Les aborrezco, porque están al servicio del dia.

*Epitafio.*—Cuando niño, fué taciturno y travieso; cuando adulto, presuntuoso y rebelde; cuando hombre, agitador; cuando viejo, estraño y vano... En su sepulcro se grabarán estas letras: «Este fué un verdadero hombre.»

## SUMARIO

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

Todo es empezar.—Correspondencia de Zaragoza.—Los carruajes.—Ecos de Provenza.—Los inocentes.—El 9 Termidor.—Las cuatro risas del anciano.—Manías.—Pensamientos.

Editor, Salvador Manero.

Barcelona. Imp. de Salvador Manero, Rambla de Sta. Mónica, 2, frente á Correos.